



Ignacio Burgoa Doctor en Derecho

Ingresé a la Escuela Nacional de Jurisprudencia el 2 de enero de 1935. Mi bachillerato en ciencias sociales y filosóficas lo había terminado en el Colegio Francés Morelos de los Hermanos Maristas. Ese mismo día me compré el escudo de la escuela de jurisprudencia y desde entonces lo porto.

Yo nací para estudiar; me apasionaba el estudio. Otruve el promedio de excelencia en el Colegio Francés Morelos y un promedio de 9.4 o 9.5 en toda la carrera de derecho. Mi vida ha sido el estudio. Pero independientemente de mi vocación intelectual fui como todo joven. Me gustaban las muchachas y fui muy noviero, pero noviero efímero, porque no encontraba yo una muchacha que me satisficiera como novia definitiva, como la posible compañera de la vida, hasta que en 1938, cursando el cuarto año de la carrera, conocí a la que sería mi esposa.

Pero en la Escuela de Jurisprudencia, en mi época de estudiante, había muy pocas muchachas. Si había quince, en toda la carrera, eran muchas, y todas muy feas. Y nosotros, siguiendo la pirámide normativa de Hans Kelsen, que estudiamos en la clase de Introducción al Derecho, inventamos una pirámide de belleza femenina, de estética femenina. En la cúspide estaban las mujeres bellas, después las hermosas, después las bonitas, más abajo las simpáticas, más abajo las feas, más abajo las horribles y al final las estudiantes de leyes. Eso nos causó, desde luego, una protesta airada de parte de nuestras compañeras; estaban indignadas pero no podían demostrar lo contrario.

A mí siempre me ha gustado platicar y yo he partido del principio de que el hombre conquista a la mujer con la palabra.

En diferentes eventos a los que asistía, como fiestas de quince años, siempre me dirigía a la que me parecía la muchacha más bonita y le hablaba de personajes femeninos históricos. Por ejemplo, una vez le dije a una muchacha rubia —mientras bailábamos en una fiesta de quince años a la que fui invitado—: “Caray, María Antonieta, qué linda eres”, y ella me contesta, “oye, yo no soy María Antonieta, me llamo Julia”. No, le dije, te llamas Julia porque así te bautizaron, pero por tu aspecto, tus ojos azules, la tersura de tu tez, tu sonrisa, eres como la que fue esposa de Luis XVI, María Antonieta de Austria, a la que los parisinos le decían “La Austríaca”, y así era mi estilo. Cuando una muchacha era tonta y no le gustaba la conversación de altura que yo siempre abordaba, y prefería a los atletoides, entonces dejaba de interesarme. Fue una táctica de conquista amorosa que sí me funcionó.

En general, en la Universidad no había muchas mujeres guapas, pero sí había algunas muy bellas. Por ejemplo, en la Escuela Nacional Preparatoria en San Ildefonso, había una muchacha, Queta Barcelot, que después estudió medicina, pero que pasaba frente a la Escuela de Jurisprudencia y la piropeábamos, pero en términos decentes. Porque éramos decentes y correctos, no como los léperos incultos que hay ahora. Era una muchacha muy atractiva, parecida a Miroslava, esta actriz que apareció más tarde. Una vez, como usábamos carrete en verano, un compañero mío, Roberto del Valle Prieto, al ver venir a Queta arrojó su carrete a su paso. Entonces Queta brincó el carrete para no pisarlo, pero se arrepintió. Regresó dos pasos y bailó sobre él, lo recogió y se lo entregó a su dueño. Aplaudimos la actitud de Queta.

